

Prólogo a la segunda edición de “¿Estamos cambiando el clima?”

En los poco más de dos años que han transcurrido desde la publicación de la primera edición de este libro hasta esta segunda, el cambio climático se ha convertido en uno de los temas más recurrentes en las conversaciones cotidianas. Esto se debe, por un lado, al bombardeo de noticias que en este breve periodo de tiempo –un suspiro a escala climática– han ido apareciendo en las páginas de los periódicos, radio y TV –a menudo en *prime time*–, así como a la aparición de un buen número de libros y publicaciones sobre dicha temática, de toda clase y condición, donde el rigor de algunos/as contrasta con la falta del mismo y el oportunismo de otros/as.

Por otro lado, el cambio climático está sustituyendo al tradicional tema de conversación de ascensor sobre el tiempo, pues crece el número de ciudadanos que ven con extrañeza el comportamiento actual de la temperie, percibiéndose de forma cada vez más evidente que algo está cambiando en el clima, que las estaciones intermedias pierden definición, que el invierno ya no es lo que era y que los episodios meteorológicos extraordinarios están dejando de serlo, al suceder cada vez de forma más frecuente.

A este boom ha contribuido, sin lugar a dudas, el ex-vicepresidente de los EEUU, Al Gore, y su “verdad incómoda” que tanto incomoda a algunos, pero que pone de manifiesto la clara insostenibilidad del modelo actual de sociedad y el callejón sin salida al que nos estamos dirigiendo. La de Gore es una campaña mundial destinada especialmente a despertar las conciencias de los norteamericanos en materia medioambiental, arrastrando al resto del mundo a iniciar una decidida batalla contra el cambio climático: La nueva cruzada del siglo XXI.

Aparte del “efecto Gore”, la publicación del “Informe Stern”, tratando de cuantificar lo que costará el calentamiento global a las economías de los distintos países, así como la publicación, en febrero de 2007, del resumen de la parte científica del 4º Informe del IPCC, realizada por el Grupo I de expertos del citado Panel, han obligado a los políticos a mover ficha. La pasividad exhibida hasta la fecha por los distintos mandatarios mundiales ya no tiene cabida en el escenario actual, el tiempo cronológico juega en nuestra contra y la magnitud de los cambios y nuestra adaptación a los nuevos escenarios están en juego.

Cada vez hay más gente que se sube al carro del cambio climático, en función de sus intereses particulares o partidistas, bajo el pretexto de la concienciación colectiva del “problema” que se nos viene encima. La ligereza con la que suele abordarse tan importante cuestión científica, a través del establecimiento de supuestas conexiones del cambio climático con casi todo lo que pasa en el mundo (tsunamis incluidos), no contribuye precisamente a divulgar de forma objetiva y rigurosa lo que está ocurriendo en realidad, algo que de momento escapa a la limitada capacidad de percepción de cada individuo, por más que cada uno de nosotros se empeñe en creer y autoconvencerse de lo contrario.

Partiendo de la base de que la fase cálida actual, cada vez más acentuada, no se puede entender sin considerar la influencia, cada vez mayor, de las emisiones antrópicas a la atmósfera de gases de efecto invernadero, tal y como ponen de manifiesto un amplio grupo de científicos, lo cierto es que, inducidos por esa bola de nieve mediática a la que antes hacíamos referencia, caemos permanentemente en la tentación de relacionar cualquier episodio meteorológico que llama nuestra atención con el cambio climático, lo cuál constituye un error; una interpretación errónea, cada vez más habitual, de los caprichos del tiempo atmosférico.

Lo primero que deberíamos plantearnos es si nosotros mismos, a través de nuestros sentidos, somos capaces de detectar un cambio climático como el que se nos anuncia. La historia de la Tierra está plagada de cambios climáticos, ocurridos en periodos de tiempo mucho mayores que la vida de una persona, razón por la cuál si, por ejemplo, la Tierra comenzara a entrar en una nueva glaciación –algo que antes o después ocurrirá–, dicha transición del calor al frío, camuflada por fluctuaciones climáticas de distinto signo, podría incluso llegar a pasar desapercibida por los casi 6.700 millones de seres humanos que actualmente poblamos la Tierra.

Partiendo del hecho de que el calentamiento detectado en los últimos años es global y no local: es decir, para el conjunto del planeta en promedio, la caprichosa meteorología puede perfectamente traernos a la Península Ibérica una serie de años frescos y lluviosos, que inmediatamente quitarían hierro al asunto y desconcertarían aún más al ciudadano medio, que lo único que espera para los años venideros es más calor, terribles sequías y tornados por doquier. Si hay algo constante en el clima es su inconstancia, razón por la cuál la variabilidad natural que percibimos no es nada que deba sorprendernos a priori, si bien son muchos los indicadores que apuntan a que el clima actual cabalga en un único sentido.

Otoños cálidos e inviernos suaves como el de 2006-07 se han vivido con anterioridad en España, por extraño que nos haya parecido el comportamiento del clima a lo largo de dicha estación; razón por la cuál resulta cuanto menos atrevido identificar dicha anomalía térmica con una prueba más del calentamiento global. Sólo un tratamiento estadístico adecuado del conjunto de “cosas raras” que últimamente se detectan por todo el planeta, puede arrojar algo de luz en tan difícil y trascendente asunto.

Son varias las personas, entre ellas el editor de este libro, las que me han dicho si, a la vista del aluvión informativo de estos últimos dos años, el más que evidente cambio climático que está en marcha y la insaciable explotación de recursos a la que estamos sometiendo al planeta, no me había arrepentido de incluir los signos de interrogación en el título del libro, sustituyéndolo por otro alternativo, que bien podría ser: “El clima que estamos cambiando”.

El 4º Informe del IPCC ha elevado hasta un 90% la responsabilidad del hombre en el cambio climático, un dato incontestable de un cambio antrópico que ya pocos se atreven a negar, al irse quedando sin argumentos de peso. Somos responsables directos de la mayor parte de la subida de la temperatura media global que se viene detectando desde hace más de cien años a ras de la superficie terrestre, y gran parte de las incertidumbres que existen sobre el clima de las próximas décadas es precisamente la forma en que se irá manifestando el cambio climático en términos de circulación atmosférica: actividad ciclónica, regimenes de vientos, reparto de las precipitaciones...

La pregunta que plantea el libro sigue, por tanto, vigente, si bien podría particularizarse un poco más, sustituyéndola por la siguiente: ¿Cómo estamos cambiando el clima?

Algunas de las claves que irán dando respuestas cada vez más precisas a esta pregunta, están en las regiones polares del planeta, unas áreas que desvelarán parte de sus secretos gracias a las campañas científicas llevadas a cabo dentro del Año Polar Internacional 2007-2008, que inició su andadura el pasado 1 de marzo de 2007 y que se prolongará hasta el 1 de marzo de 2009. La sensibilidad del sistema climático depende en gran medida del comportamiento de las grandes áreas heladas del planeta, en clara conexión con la atmósfera y el océano, transmisor del calor y regulador de la temperatura planetaria respectivamente.

A finales del presente año, será presentado, en Valencia, el 4º Informe del IPCC en su totalidad, lo que junto a los resultados que vayan arrojando las campañas llevadas a

cabo en el Ártico y en las regiones antárticas, irán reduciendo las incertidumbres que todavía planean sobre el clima que les tocará vivir a las próximas generaciones.

José Miguel Viñas Rubio
Madrid, abril de 2007